



**Artículo:** Virginia Guedea (coordinadora). Historiografía mexicana, volumen III. El surgimiento de la historiografía nacional, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1997, 468 p.

**Autor(es):** Girón, Nicole

**Revista:** Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

**Número:** 50

**Año:** 1997

**ISSN edición impresa:** 0187-182X

**ISSN de pdf:** [en trámite]

**Forma sugerida de citar:** Girón, Nicole. "Virginia Guedea (coordinadora). Historiografía mexicana, volumen III. El surgimiento de la historiografía nacional, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1997, 468 p." *Históricas*. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 50 (1997): p. 51-55. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3898>

---

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

**Entidad editora:** Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

**Correo electrónico:** [departamento.editorial@historicas.unam.mx](mailto:departamento.editorial@historicas.unam.mx)

---

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: [departamento.editorial@historicas.unam.mx](mailto:departamento.editorial@historicas.unam.mx)

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



REPOSITORIO  
INSTITUCIONAL  
HISTÓRICAS  
UNAM

---

Virginia Guedea (coordinadora), *Historiografía mexicana, volumen III. El surgimiento de la historiografía nacional*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1997, 468 p.

*Palabras pronunciadas por Nicole Giron*

El libro que se presenta hoy constituye el tercer volumen de la serie de estudios sobre historiografía mexicana que don Juan Antonio Ortega y Medina, prestigiado profesor de la UNAM, había proyectado publicar como resultado de los trabajos de un seminario en el que reunía a sus más ameritados discípulos.

La publicación de este tomo —el segundo que alcanza a ver la luz pública— es una prueba del afecto que los animadores de esta coproducción autoral tenían por su maestro; es una demostración inequívoca de fidelidad a la memoria de su mentor y pone de manifiesto la impronta que éste supo dejar en la mente y en el corazón de sus discípulos. Los que llevan a cabal cumplimiento este proyecto, iniciado en vida de don Juan, bien entendieron que la mejor manera de homenajear a su profesor era hacer de sus propósitos intelectuales una realidad palpable.

Por este motivo el libro que presentamos hoy es importante no sólo como una valiosa contribución a nuestra percepción de la historiografía mexicana, como lo veremos más adelante, sino como un testimonio acerca de la vida académica en la UNAM y en México. Aporta una prueba —una más— del enriquecimiento que constituyó para la vida intelectual nacional la generosa savia de la emigración republicana española. Don Juan Ortega y Medina no fue solamente un modelo de erudición y de exigencia conceptual, un profesor consistente que transmitió a sus alumnos el amor por el trabajo académico de alto nivel; fue un hombre que supo entregar a las generaciones que lo siguieron el fruto de una experiencia vital excepcional. Abrió los espíritus a la curiosidad crítica y al comer-

cio con otras manifestaciones de la cultura occidental, tanto las clásicas que enraízan la cultura de México en una añeja y sólida tradición, como las más recientes cuya audacia podía representar una incitación a la permanente renovación sin la cual las mejores mentes se estancan y periclitán. Hombre de combate y de reflexión, el profesor Ortega y Medina tuvo la recia personalidad que cautiva a los estudiantes y la amplitud de miras necesarias para concebir y promover vastos programas de trabajo cuyo producto redunde en genuinos avances culturales. Para sus alumnos americanos tendió un puente cultural entre dos continentes, dejando de lado las ínfulas de precedencia; supo ser de acuerdo a una expresión que ellos acuñaron felizmente: “un hombre entre dos mundos”.

Cuando el profesor Ortega y Medina decidió emprender una revisión totalizadora de la historiografía mexicana no pensó en replegarse en la tranquilidad de su cubículo para efectuar una labor solitaria que le permitiera entregar, en sus años de madurez, el fruto de una asentada reflexión sobre el discurso histórico propio de su patria de adopción. Por el contrario, escogió llevar a cabo esta tarea de envergadura y necesarísima en nuestro panorama editorial, conjuntamente con sus estudiantes, los más aventajados, los que ya eran profesores o investigadores confirmados y podían encarar la labor por venir con sólidas agallas, pero también algunos más, escogidos entre los más jóvenes que serán mañana el relevo de la corporación. Así actuó como un auténtico maestro, como lo hacían en sus talleres los grandes artistas-artesanos del Renacimiento, circulando en la convivencia no sólo los conocimientos que resultan

de la labor efectuada, sino compartiendo con todos el proceso de la producción, sus dudas y sus invenciones, la aplicación de recetas implementadas para enfrentar otros retos, y quizá ahora inoperantes, la elaboración de los andamiajes que sostienen la obra maestra y que casi nunca se dejan ver en nuestras profesiones porque los libros publicados ofrecen sólo el resultado final del trabajo, peinando cuidadosamente lo que pudiera recordar su laboriosa gestación. Y cuando hablan de metodología, elemento tan determinante en las labores de la historia, suelen hacerlo a partir de los resultados que ella produce y no por la manera cómo se llegó a ellos.

El libro de historiografía mexicana presentado hoy resulta del trabajo de un equipo que no se dejó obnubilar por el prurito de la homogeneidad entre sus miembros. Por el contrario, fue a sabiendas de estas disparidades como todos se abocaron a una tarea considerable y decidieron asumir, aun después de la desaparición de su maestro, el reto cuya relevancia y necesidad se imponía en nuestro medio, donde no existía un repaso totalizador de la actividad historiográfica. Éste fue el objetivo que tal grupo de autores persiguió y para cuyo logro se allegó la colaboración de algunos investigadores y maestros distinguidos que participaron en esta publicación en calidad de amigos.

Como primer comentario sobre el contenido —que ya no sobre los propósitos— del libro de historiografía mexicana que hoy se ofrece a nuestra lectura me gustaría subrayar el carácter cosmopolita de la producción historiográfica de inicios del siglo XIX. Nos presenta un México, si no abierto hacia el mundo exterior, por lo menos expuesto a una mirada externa, incluso sometido a una reconsideración desde el exterior por parte de algunos de sus propios nacionales.

De alguna manera, durante el periodo de estudio considerado, México fue tema

de todos, asunto específicamente americano, es cierto, pero en el cual muchos no americanos se consideraron implicados, buscando en los acontecimientos de aquella región una lección, un objeto de estudio, quizá una fuente de reflexión.

El siglo XIX, como lo menciona la doctora Virginia Guedea en su estudio introductorio, fue el siglo de la historia, del mismo modo que el siglo XVIII había sido el de la filosofía. El soplo de revolución que reavivó todas las ramas de la literatura provocó que los trabajos históricos ocuparan un lugar importante en la producción editorial, al tiempo que escritores de primer orden se consagraban a ellos de manera preferente en un afán por entender y explicar las conmociones políticas que marcaron su tiempo o los decenios inmediatamente anteriores que habían trastocado el mundo de sus padres.

Si el XIX fue el siglo de la historia también lo fue de las revoluciones, y en esto, como lo observa la doctora Guedea, “América, que había estado hasta entonces a la zaga de Europa, se le adelanta”. Con sus revoluciones de independencia primero y más tarde con la difícil formación de sus nuevas naciones se vino desarrollando en el Nuevo Mundo un proceso de tensiones y transformaciones inéditas, más sangriento y doloroso, por cierto, en la América española que en las colonias inglesas.

Pasado el momento de la ruptura con las metrópolis, el conocimiento de un pasado común vino a ser uno de los medios más eficaces al que recurrirían las naciones americanas —y particularmente la mexicana— para crear una conciencia que unificara e identificara a sus recién estrenados ciudadanos. La historia se volvió uno de los instrumentos más utilizados para llevar a cabo —o intentar llevar a cabo— la unidad nacional.

Como era natural, los historiadores de la primera mitad del siglo XIX se encargaron sobre todo de dar cuenta de las guerras

de emancipación y de las luchas políticas o militares de los primeros años de la vida independiente. Pero no concibieron el surgimiento de la nueva organización política que les tocó observar como el producto de un repentino accidente político sino como el resultado de un proceso de emancipación que orientaba y condicionaba la evolución posterior de los territorios que se habían libertado. Debido a ello, la historiografía que generaron fue fundamentalmente política.

El libro que comentamos ilustra esta afirmación general al reunir 20 artículos monográficos consagrados por sus 17 coautores a una falange de 20 historiógrafos decimonónicos diferentes, es decir que algunos de los participantes entregaron dos trabajos para su publicación. Este nutrido conjunto de ensayos descriptivos e interpretativos está precedido de un estudio introductorio debido a la doctora Virginia Guedea. En él la autora señala las principales características del momento contemplado, la primera mitad del siglo XIX, y ofrece un panorama actualizado de las líneas de fuerza que guían la interpretación de este periodo, antes calificado como anárquico y hoy conceptuado, más certeramente, como un periodo de "insuficiencia hegemónica", causa de la inestabilidad que tuvieron que sortear los actores políticos de aquel momento.

La doctora Guedea subraya el hecho de que durante este periodo la articulación de intereses se produce en función de "un aprendizaje político por ensayo y error que se caracterizó sobre todo por su oportunismo" (p. 15), que formará el sustrato de los acontecimientos históricos reseñados en las obras estudiadas.

En su calidad de coordinadora del volumen, Virginia Guedea ha sabido respetar el estilo propio de cada uno de sus colaboradores, mismo que tenía forzosamente que variar en función de las características peculiares de cada una de las figuras evoca-

das. Pero, al mismo tiempo, se ha encargado de sostener y hacer respetar un esquema de composición general destinado a dar cohesión a la obra en su conjunto: una sucinta exposición de las características biográficas del personaje examinado; un recuento de su producción historiográfica, situada cuando fuese preciso en relación con el resto de su obra; el análisis de las principales características de sus escritos historiográficos; los temas que trata, y a veces los que silencia; las fuentes que maneja; las interpretaciones que formula y las que rebate; los juicios que emite; el impacto que tuvo la obra examinada en la opinión del momento o en los historiadores posteriores.

Los historiadores examinados han sido agrupados en ocho apartados que permiten sortear la diversidad de una producción multinacional, y las posiciones privilegiadas del inicio y del cierre de la obra son concedidas a Alexander von Humboldt y a William Prescott. En el caso de Humboldt, porque, como menciona en el estudio José Covarrubias, aquel ilustrado viajero definió para la Nueva España una posición en la geografía y en la historia, lugar privilegiado que atrajo la mirada —y la codicia— de muchos hacia la futura nación mexicana, y que también introdujo al país en los estudios científicos con un nivel de gran altura. Fue efectivamente una obra básica que todos o casi todos los historiógrafos mexicanos utilizaron y cuya lectura difundió una apreciación optimista acerca de las aptitudes al desarrollo de la Nueva España, la porción más avanzada y próspera de la América española y una idea de grandeza respecto de su pasado. El estudio sobre Prescott se coloca para cerrar el libro porque el impacto de su obra *Historia de la conquista de México* fue importantísimo en nuestro país. Objeto de dos traducciones simultáneas, una de Joaquín Navarro y otra de José María González de la Vega, publicadas ambas en la ciudad de México en

1844, su irrupción en el mundo intelectual mexicano representó un acontecimiento insólito que revela tanto el interés que el tema despertaba en el público mexicano como el prestigio profesional que rodeaba al historiador norteamericano. Como lo señala Alicia Mayer, la obra de Prescott aunque no se refería al siglo XIX tocaba fibras muy sensibles para el nacionalismo mexicano.

Los liberales se habían empeñado en renegar del pasado español y se esforzaban por fundar en un pasado indígena idealizado las raíces de la historia nacional. Los conservadores por el contrario habían insistido sobre el peligro que entrañaba negar la herencia hispánica, que consideraban como un elemento imprescindible del ser histórico nacional. La visión de Prescott sobre la conquista despertó la admiración de Lucas Alamán y de otros intelectuales, como José Fernando Ramírez, Joaquín García Icazbalceta y Manuel Orozco y Berra, quienes se interesaron en la metodología del estadounidense, fundamentalmente en la objetividad, la imparcialidad y el análisis minucioso de las fuentes originales. La obra de Prescott sería todavía muy utilizada por los historiadores que elaboraran a finales de siglo el *México a través de los siglos*, y la influencia de este autor se puede seguir en casi todos los historiadores mexicanos del siglo XIX —Manuel Larrainzar, Alfredo Chavero, Justo Sierra, Genaro García y Carlos Pereyra—, al grado que el maestro Ortega y Medina pudo decir que “México era el país más prescotizado de Iberoamérica”.

Así, enmarcado por las figuras de dos grandes sabios extranjeros, Alexander von Humboldt y William Prescott, el tercer volumen de la *Historiografía mexicana*, titulado *El surgimiento de la historiografía nacional*, aporta una visión totalizadora sobre la manera de escribir la historia en México y sobre México durante la primera mitad del siglo XIX, no sólo porque reúne en una vi-

sión de conjunto a los más diversos historiógrafos, los grandes y famosos Mora, Alamán, Bustamante, Zavala, y los chicos o menos conocidos, Tornel y Mendivil, Mariano Torrente y Anastasio Zerecero. Los nacionales como los extranjeros quedan unidos a través de la reja de lectura que estructura un plan de trabajo uniforme, gracias al cual se pueden delinear elementos comunes o paralelismos en las vidas de los personajes considerados. Por ejemplo que Carlos María Bustamante, William Davis Robinson y Servando Teresa de Mier coincidieron en las mazmorras de San Juan Ulúa, o que otros varios conocieron el exilio como el mismo Servando Teresa de Mier o Pablo de Mendivil. Muchos fueron diplomáticos, como Tadeo Ortiz de Ayala, Vicente Rocafuerte, Mariano Torrente, Joel Roberts Poinsett, Luis G. Cuevas. Casi todos los mexicanos fueron varias veces diputados a nivel local o nacional, por ejemplo Carlos María de Bustamante, Servando Teresa de Mier, Anastasio Zerecero, José María Bocanegra, Lorenzo de Zavala, José María Tornel y Mendivil, José María Luis Mora, Mariano Otero, y alguno que otro alcanzó a ocupar cargos administrativos relevantes, como Lucas Alamán o Luis G. Cuevas, quienes cubrieron la cartera de Relaciones, y Mariano Otero, quien fue por poco tiempo miembro del Consejo de Gobierno creado por el general Salas. Aunque muchos tomaron parte en hechos de armas o incluso en motines, como Bustamante, Zerecero o Zavala, sólo uno, Vicente Filisola, fue militar de carrera.

Del mismo modo, gracias al abanico panorámico que abre el conjunto de los trabajos, se puede rastrear el serpenteo de las influencias, no solamente la de los teóricos extranjeros como Benjamin Constant o William Burke, sino los vericuetos que señalan las lecturas vernáculas, mostrando cómo se fue construyendo entre justificaciones y ataques una verdadera tradición

historiográfica nacional en la cual la información sobre el acontecer histórico del país se mezcla íntimamente con su devenir político, se ensancha y se diversifica a través de los escritos de unos y otros, volviéndose objeto de polémica, es cierto, pero al mismo tiempo materia de interpretación.

Sin duda el impacto de la obra de Prescott, espejo de su gran profesionalismo, constituyó "un parteaguas en la historiografía mexicana" y fue una lección de rigor y ponderación para los historiógrafos nacionales. Sin embargo, podemos decir que hacia 1844 se habían dado ya todos los elementos necesarios para la formación de una

historiografía nacional. El libro que comentamos tiene el gran mérito de haberlo mostrado porque supo mantenerse en una gran cercanía con el texto de las obras estudiadas y porque escogió no limitarse a las "grandes figuras" consagradas ya como pilares de la historiografía.

Muy documentada, aunque desigual en la profundidad interpretativa, la obra que se presenta hoy viene a llenar una enorme laguna historiográfica. Por este motivo será una obra de consulta obligada tanto para los historiadores como para el lector culto deseoso de entender mejor los tiempos de formación de la nación mexicana. □

